

# NEW LEFT REVIEW 132

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2022

## ARTÍCULOS

RAHMANE IDRISA	El Sahel: un mapa cognitivo	7
PERRY ANDERSON	La Gran Bretaña de Edgerton	45
KHEYA BAG Y SUSAN WATKINS	Estructuras de opresión	61
JULIAN STALLABRASS	Cálculo sublime	95
DYLAN RILEY	Respuesta a Harvey	103
DAVID HARVEY	Réplica a Riley	113
PATRICIA McMANUS	Una nueva crítica literaria	123
ALAIN SUPIOT	El error de Foucault	143

## CRÍTICA

TOM MERTES	El modelo de Pittsburgh	161
TOR KREVER	Las almas enfrentadas del liberalismo	170

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



## CRÍTICA

Gabriel Winant, *The Next Shift: The Fall of Industry and the Rise of Health Care in Rust Bel America*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2021, 368 pp.

TOM MERTES

### EL INFIERNO CON LAS PUERTAS ABIERTAS

Las causas de la desindustrialización en el mundo del capitalismo avanzado se han abordado en una vasta literatura. Interpretaciones rivales inciden alternativamente en el aumento de la competencia internacional, en la saturación de la capacidad manufacturera, en los altos costes laborales o en la automatización. En el conjunto de las áreas desindustrializadas del nordeste de Estados Unidos, el crecimiento del empleo en el sector servicios y, especialmente, en el sector sanitario y la asistencia social, que ahora son los dos mayores sectores del mercado de trabajo de acuerdo con la demarcación sectorial establecida por el United States Census Bureau, ha acompañado de modo especular, como es bien sabido, el declive del empleo fabril. Pero, se pregunta Gabriel Winant, ¿por qué deciden los intereses capitalistas impulsar el auge de los trabajos de cuidados, por todos conocidos por su baja productividad y su reducida rentabilidad? En *The Next Shift: The Fall of Industry and the Rise of Health Care in Rust Belt America*, Winant ofrece, en determinados aspectos importantes, una interpretación novedosa al respecto. Winant, oriundo de Filadelfia, la otra gran ciudad de Pensilvania, enseña historia en la Universidad de Chicago y es un colaborador regular en revistas como *n+1* y *Dissent* sobre temas laborales. *The Next Shift*, su primer libro, es un minucioso estudio etnográfico de Pittsburgh, que explora la destrucción a cámara lenta de la producción de acero desde mediados la década de 1950, y donde pone de relieve los procesos mediante los cuales un complejo hospitalario gigantesco ha reemplazado a los altos hornos como el motor económico de la ciudad. La antigua US Steel Tower aún se

cierno sobre la misma, pero en su cima resplandecen las iniciales UPMC: University of Pittsburgh Medical Center.

Winant reconoce que Pittsburgh es un ejemplo extremo, donde tal vez se haya producido la expansión más amplia de la atención sanitaria de todo el país. Pero, precisamente por esa razón, apunta, puede revelar tendencias claves de la economía nacional. En una fecha tan temprana como 1868, el humo y las llamas que salían de las fundiciones de Pittsburgh motivaron que a la ciudad se le llamara «el infierno con las puertas abiertas». A finales del siglo XIX, la ciudad se había convertido en la capital mundial de la fabricación de acero, liderada por la Edgar Thomson Works, propiedad de Andrew Carnegie (1835-1919). La gran banca de inversión se embarcó en una serie espectacular de fusiones para reducir la competencia, que tuvo como resultado la creación de US Steel en 1901, que dominaba la industria casi por completo. La naturaleza sucia y peligrosa de la fabricación de acero contribuyó a forjar una comunidad obrera cohesionada que se embarcó en una serie de duras luchas para que fuera reconocido su sindicato, desde el enfrentamiento de Homestead en 1892 hasta la ola de huelgas de 1919. De estas luchas surgiría el United Steelworkers of America (USWA) como uno de los sindicatos más potentes del país.

En su sentencia de 1937 sobre la negociación colectiva, el Tribunal Supremo estadounidense describió las acerías de Pensilvania como «el corazón de un organismo autosuficiente y altamente integrado», que atraía las materias primas de Virginia Occidental, Michigan o Minnesota y distribuía después sus productos metálicos a lo largo de todo el país. Estas importantes ciudades industriales del norte del país constituyeron el núcleo de la masa crítica del *New Deal*, defiende *The Next Shift*. En 1946, durante una huelga general, decenas de miles de trabajadores y trabajadoras de Pittsburgh, empleadas en los altos hornos del acero, pero también en el sector eléctrico y en el transporte urbano, abandonaron sus empleos en solidaridad con los empleados de la central eléctrica. Pero las luchas sociales que espolearon el *New Deal* «se congelaron» con la Guerra Fría, dejando como legado lo que Winant describe como «un frágil y ambiguo equilibrio» respecto de las relaciones de clase a medida que Estados Unidos se convertía en la nueva potencia hegemónica mundial y aglutinaba sus fuerzas contra la Unión Soviética, mientras supervisaba la reconstrucción de las potencias derrotadas del Eje. En el frente doméstico, la contraofensiva de las grandes empresas se desencadenó con la tristemente célebre *Taft-Hartley Act*.

En Pittsburgh, la dirección del Congress of Industrial Organizations (CIO) se apuntó a la caza de brujas anticomunista orquestada por los cargos públicos del Partido Demócrata, el sacerdocio católico y la prensa local. El *New Deal* no fue tanto derrotado como limitado y condicionado, dice Winant. El movimiento obrero organizado dejó de ser «la vanguardia de un amplio

movimiento democrático de la clase obrera considerada en su conjunto». Los sindicatos concentraron sus intereses en la negociación colectiva, abandonando el proyecto de un sistema de seguridad social nacional, que optó por proyectos de cobertura público/privada y aceptó sin cuestionarlos los incentivos proporcionados por el gasto militar de la Guerra Fría, los cuales mantenían a flote los altos hornos de producción de acero ahora caducos y en mal estado. Este pacto social, consistente en el ofrecimiento a la clase obrera de una forma limitada de «ciudadanía social», siempre que estuviera integrada en una unidad cubierta por el correspondiente convenio colectivo, se halló sometido a una presión cada vez mayor desde el inicio del largo declive económico estadounidense, lo cual contribuyó a forjar un nuevo orden posindustrial a medida que el viejo se «refundía y remodelaba».

Como muestra *The Next Shift: The Fall of Industry and the Rise of Health Care in Rust Belt America*, la fuerza de trabajo de la industria del acero siempre estuvo estratificada en virtud de criterios raciales, quedando reservadas las funciones más especializadas y con mayor protección sindical para los trabajadores blancos. Para sus miembros, la USWA garantizaba beneficios complementarios y aumentos salariales, que superaban con mucho la inflación. Sin embargo, la militancia sindical «maldecía y adoraba» la fábrica, porque necesitaba la estabilidad financiera que esta le ofrecía, pero odiaba sus condiciones peligrosas y opresivas. Dado que los aumentos salariales no podían compensarse por el alza de los precios sin desencadenar la consabida espiral inflacionaria, los beneficios del acero dependían de la obtención de la máxima productividad de su plantilla. Para lograr este fin, en lugar de invertir en nuevas tecnologías, la dirección de la acería diseñó una serie de procedimientos punitivos de gestión del tiempo a fin de acelerar los procesos productivos existentes. Los trabajadores lucharon contra estas medidas mediante una serie de huelgas salvajes. Cuando repasa estos conflictos industriales, Winant escribe que «es fácil pasar por alto la cantidad de trabajadores y trabajadoras que odiaban los mismos empleos que defendían, un odio que los unía y convertía su defensa en algo formidable». «A pequeña escala», esta tensión entre el supuesto núcleo humano «fiable» del periodo de expansión de posguerra y la naturaleza aterradora de su trabajo dañó miles de vidas; «a gran escala, condenó a una profunda inestabilidad la estructura misma de la ciudadanía social organizada en torno al trabajo industrial».

Como los hornos eran un lugar peligroso, se esperaba que la vida doméstica ofreciera una compensación. En la esfera privada, las mujeres se encontraban bajo una inmensa presión, porque debían realizar no solamente la tediosa labor de cocinar, limpiar y hacer la compra, sino también ocuparse del cuidado de los miembros de la familia extensa que estuvieran en paro, fueran demasiado mayores o no se hallaran en condiciones de regresar a la fábrica. «Las mujeres de la clase obrera —escribe Winant— trabajaban para

dar a sus familias las garantías que se les habían prometido y, por lo tanto, para colmar sus expectativas respecto del mito consensual de esa época». El trabajo doméstico pretendía cubrir el abismo existente entre la imagen de la fantasía de aquel periodo —«seguridad, estabilidad, felicidad, igualdad»— y su dura realidad. Aunque nació en la fábrica, la ciudadanía social se realizaba en el seno de la familia.

De la misma manera que las mujeres eran un componente esencial del pacto de la «ciudadanía social», pero estaban excluidas del régimen de convenio colectivo mediante el cual este se había instituido, una disparidad semejante se producía a lo largo de las líneas raciales. Winant muestra que la población afroamericana estaba sobrerrepresentada en los llamados «puestos no especializados», los cuales carecían de los derechos de la negociación colectiva. A medida que los sindicatos obtenían mejores salarios y condiciones laborales para sus miembros, surgía un mercado laboral de dos niveles, que separaba a quienes tenían formas de seguridad garantizadas de quienes no las tenían. Las mujeres negras en concreto acabaron confinadas en el empleo doméstico precario o en la economía de la atención sanitaria retribuida con bajos salarios, que creció a medida que obtenía financiación procedente de los planes de pensiones y de los seguros de los trabajadores del acero. Los derechos disfrutados por los trabajadores, procedentes de lo que Winant llama «la zona segura de los incluidos» de la economía industrial, se usaron, pues, para importar servicios procedentes de la «zona insegura exterior» de la misma, lo cual se asemejaba a «una relación comercial desigual en la que una divisa es mucho más fuerte que la otra».

Los dos grupos divergieron mucho más aún cuando comenzó la desindustrialización. Entre 1960 y 1970 el porcentaje representado por el trabajo manual especializado y no especializado pasó del 47 al 30 por 100 del mercado laboral nacional, mientras que el paro en Pittsburgh alcanzó el tercer puesto entre todas las principales áreas metropolitanas. El impacto fue drásticamente desigual. En el sector manufacturero, el escalón superior, completamente blanco, compuesto de obreros especializados y capataces, quedó en su mayoría protegido de la recesión, cediendo únicamente 3.500 de 138.000 puestos de trabajo en dos décadas. El trabajo manual no especializado, por el contrario, vio reducidas sus cifras a la mitad. Aunque los despidos acabarían por alcanzar a la jerarquía de las acerías, Winant expone cómo los patrones de segregación racial de Pittsburgh se intensificaron como consecuencia de este declive desigual. La población blanca tenía más recursos de los que tirar: sus núcleos familiares, la familia extensa, las redes sociales y las instituciones culturales o religiosas se convirtieron en bastiones contra la ruina financiera. La población afroamericana —la última contratada, la primera despedida— tuvo que confiar en los canales informales de la ayuda mutua. Muchas personas acabaron confinadas en barrios gueto situados fuera de

los límites de la ciudad. «Los trabajadores y trabajadoras negros perdieron en general el poco terreno que habían ganado en términos de ciudadanía social durante la década de 1960 y comenzaron a vivir en condiciones que más tarde llamaríamos neoliberalismo descubriendo nuevas estrategias de supervivencia, mientras que sus vecinos blancos todavía habitaban dentro de la red de seguridad del Estado liberal». Estas posiciones divergentes se materializaron en respuestas políticas enfrentadas. Mientras la población afroamericana constituía la Welfare Rights Organization en Allegheny County, recurriendo a tácticas militantes para conquistar su derecho a mayores beneficios sociales, buena parte de la clase obrera blanca luchaba para conservar el orden comunitario, una lucha en la que los huelguistas llegaron a mostrar su apoyo a George Wallace.

*The Next Shift* detalla el crecimiento contracíclico de la industria de la salud, crecimiento posibilitado por los subsidios estatales y por la demanda cada vez mayor de los trabajadores de las acerías, muchos de los cuales conservaban su cobertura sanitaria a pesar de haber perdido sus empleos. Este proceso se aceleró mediante la creación de Medicare y Medicaid en 1965, así como por los cambios demográficos que operaran a largo plazo. No obstante, como expone Winant, la demografía por sí sola no puede explicar el vertiginoso aumento de la utilización hospitalaria durante este periodo. Entre los trabajadores de las acerías y las personas a su cargo, las visitas al hospital se hicieron más frecuentes y las estancias fueron más largas en general que la media nacional. La anomalía no tenía una causa física clara: los trabajadores de las fundiciones podrían haber sufrido problemas de salud derivados de la excesiva contaminación del aire, pero el uso intensificado que hacían de sus servicios se repartía por todos los departamentos médicos, no solamente por los departamentos de neumología. Fue, concluye Winant, como si el hospital se hubiera convertido en un sustituto de la seguridad del acuerdo de la posguerra. El cuidado no era únicamente curación, compensaba la pérdida de un determinado mundo vital de la clase obrera blanca tanto material como emocionalmente. Winant cita a la señora P., esposa de un extrabajador del acero:

Nunca he tenido una mala experiencia en el hospital. En los hospitales a los que hemos ido siempre nos han tratado bien. Las enfermeras eran siempre amables y los médicos siempre estaban ahí para ocuparse de cualquier problema. [...]. No tengo quejas de ningún tipo.

Estas tendencias prepararon el escenario para el colapso salvaje de la industria acerera entre 1975 y 1985, que eliminó 150.000 empleos en la producción. A medida que los varones blancos eran expulsados de los talleres y las fábricas, las mujeres blancas y la población afroamericana asumieron los empleos mal pagados del creciente sector sanitario. La emergente economía de los cuidados demostró ser un entorno inhóspito para la organización sindical. La

*Taft-Hartley Act* había excluido a la mayoría del personal de los hospitales de la protección garantizada por el National Labor Relations Board, circunscribiendo sus posibilidades de conflictividad laboral. Los cambiantes patrones de empleo de Pittsburgh reflejaban los niveles de declive de la densidad sindical registrados en la mayor parte de Estados Unidos. La expansión hospitalaria impulsada por la deuda también presionó para reducir los salarios.

A mediados de la década de 1970, el 75 por 100 de un nuevo edificio del hospital era financiado mediante la emisión de bonos en comparación con el 12 por 100 de la década anterior. *The Next Shift* subraya las implicaciones a largo plazo de este nuevo modelo de financiación. A medida que los gobiernos estatal y federal empezaron a recortar en prestaciones sociales, una coalición interclasiista –capital financiero, proveedores sanitarios privados y pacientes– presionó con éxito para que el gasto sanitario se mantuviera en su nivel actual. El «exceso de capacidad» del sector funcionaba como una forma de subsidio social semi-privatizado. Mediante la reconciliación de estos grupos antagónicos, la industria sanitaria continuó floreciendo durante la era de la austeridad neoliberal. Como defiende Winant: «La potencia de la clase obrera atraía al poder corporativo y al capital privado a la medicina estadounidense, dado que todos se beneficiaban conjuntamente del crecimiento del sistema». Aunque las normas corporativas acabaron por dominar la oferta sanitaria, lo hicieron «dentro del caparazón de las instituciones sin ánimo de lucro, que seguían siendo, en muchos aspectos, las instituciones responsables ante las exigencias de la ciudadanía democrática», lo cual constituyó una forma peculiar de inclusividad basada en la exclusión y la explotación de la población trabajadora no blanca.

Esta industria sanitaria en proceso de expansión se alimentaba de una población cada vez más insegura. El *shock* de Volcker resultaría «ruinoso». En 1983, el desempleo masculino en la zona de Pittsburgh rondaba el 18 por 100, pero mientras que otras instituciones sucumbían bajo esta presión económica creciente, el sector sanitario público-privado se adaptó para resistirla, como lo hizo también el floreciente sistema carcelario. En un aparte, Winant reflexiona sobre el vínculo existente entre la expansión de los hospitales y la encarcelación en masa: dos «servicios sociales» privatizados, que crecieron de manera simultánea para absorber los efectos de la pobreza postindustrial. La adaptación, por supuesto, implicaba la mercantilización de los mismos. En 1982, el Congreso redefinió la forma de calcular los pagos efectuados por Medicare, que pasó de reembolsar la totalidad de los gastos derivados del tratamiento del paciente a determinarse mediante la fijación de los gastos en función de los respectivos diagnósticos individuales. Se incentivó a los administradores de los hospitales para que recortaran gastos, negaran tratamientos, acortaran las estancias y despidieran personal, creando un nuevo y competitivo mercado sanitario que obligó a cerrar a los viejos hospitales orientados a la comunidad. A finales de la década de 1990, el University of

Pittsburgh Medical Center era el empleador principal de la ciudad y controlaba el 42 por 100 de las camas de hospital de Allegheny County. «Los activos de los hospitales, que se habían acumulado de manera exponencial a lo largo de décadas gracias a las contribuciones de la clase obrera [...] se convirtieron en el combustible para la ascensión de este imperio corporativo». Ese imperio, a su vez, pretendió aumentar sus beneficios mediante objetivos de productividad no realistas, así como mediante la descualificación y el uso de prácticas de empleo tendentes a fortalecer las jerarquías raciales y de género.

Si, como afirma la famosa fórmula de Esping-Anderson, las democracias capitalistas posindustriales se enfrentan a una triple elección entre salarios bajos, cifras de paro altas o déficits públicos elevados, Winant defiende que el sistema sanitario estadounidense ha resuelto este dilema apostando por los salarios bajos. En esta nueva economía, fundada sobre el desempleo de masas y la represión salarial, las luchas obreras son principalmente defensivas y la afiliación sindical permanece baja. El epílogo de *The Next Shift: The Fall of Industry and the Rise of Health Care in Rust Belt America* describe, no obstante, cómo el personal sanitario ha tratado de contraatacar. A partir de 2010, el sector sanitario ha hecho más huelgas que ningún otro sector, seguido muy de cerca por el sector educativo. La pandemia de la COVID 19 ha exacerbado la presión sobre estas trabajadoras y trabajadores «esenciales», considerados como «colectivamente indispensables, pero individualmente prescindibles». En opinión de Winant, esta coyuntura ha abierto un espacio para la solidaridad entre las clases proletarizadas: «La transferencia de los costes de la provisión sanitaria a las trabajadoras y trabajadores sanitarios ha formado una comunidad de intereses entre ellos y la población sobrante y prescindible creada por el neoliberalismo y por el declive industrial [...]. La presión sobre sus cuerpos, creada por el trabajo, y la presión sobre los cuerpos de los pacientes, provocada por su entorno social, se hacen eco recíprocamente». Aunque los bancos y las grandes empresas continúan bloqueando cualquier intento de establecer una cobertura asumida totalmente por el Estado, Winant sostiene que el hospital, en cuanto lugar de formación de clase, aún puede unir grupos históricamente opuestos en un único bloque político.

*The Next Shift* se mueve con fluidez entre diversos registros, desde los debates sobre el declive industrial hasta los análisis de las políticas de salud pública a los que se añaden instantáneas de la vida cotidiana en las áreas desindustrializadas del noroeste de Estados Unidos. Es un retrato apasionante de la situación catastrófica en la que se encuentra Pittsburgh, que muestra cómo el liberalismo de posguerra creó un Estado del bienestar público-privado, que continúa en nuestros días bajo la forma de un sector sanitario impulsado por la búsqueda del beneficio. En lugar de conceptualizar el mandato presidencial de Reagan como una ruptura, Winant incide en su continuidad con la época de la Guerra Fría. Demuestra que, a medida



que la producción de acero se deterioraba, la gente respondió «tirando de los recursos que tenía, imbricados en las relaciones e identidades que ya había construido, en la historia cotidiana que ya había vivido». Las entrevistas con trabajadores del acero, con el personal hospitalario y con sus familias contribuyen de manera importante a la historia oral del periodo trazando retratos de la clase obrera de Pittsburgh llenos de matices y sensibilidad. La estructura ambivalente del Estado del bienestar estadounidense –su poder afectivo sobre la clase obrera y su carácter hiperecluyente– se capturan con una prosa lúcida y expresiva.

Winant podría haber optado por situar el caso de Pittsburgh en relación con el resto del país. ¿Era realmente típica esta trayectoria? La ciudad actualmente tiene unos índices de empleo bajos en el sector industrial y altos en el sector sanitario, incluso comparándose con otras ciudades monoindustriales desindustrializadas, como Youngstown, Gary, Kenosha y Detroit. *The Next Shift* no aporta ninguna idea que dé cuenta de esas disparidades. En *Remaking the Rust Belt* (2016), Tracy Neumann proporciona un marco que probablemente sea más eficaz para abordar las particularidades de la reinención económica de Pittsburgh, comparándola con Hamilton, la mayor ciudad canadiense productora de acero, pero también analizando el peculiar papel de las elites burguesas de Pittsburgh. Neumann indica que esta fue conformada por una excepcional coalición de fuerzas, cuyos inicios se remontan a la década de 1950: «Alcaldías y presidencias de universidades dotadas de visión empresarial, elites empresariales, funcionariado estatal, fundaciones locales y corporaciones de desarrollo comunitario trabajaron conjuntamente para lograr una visión compartida de cómo conseguir una transformación posindustrial expansiva facilitada por la política estatal y federal». Esto puede ser una exageración, pero es una dimensión que no se investiga apenas en *The Next Shift*.

Tampoco indaga demasiado Winant en los debates político-económicos de torno a las dinámicas que impulsaron la desindustrialización tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo a medida que la creciente competencia registrada en el sector industrial y la sobreinversión generalizada en las mismas líneas condujeron a una disminución de su rentabilidad. En *Deindustrialization: Restructuring the Economy* (1982), Barry Bluestone y Bennett Harrison describieron la «triple reducción» de los beneficios causada por la competencia internacional, los altos costes del empleo y el alza de los costes sociales para los trabajadores, lo cual impulsó la deslocalización del capital durante la década de 1970, mientras las inversiones se relocalizaban geográficamente o se trasladaban a sectores no productivos protegidos de la competencia global. El sector manufacturero estadounidense dejó de funcionar progresivamente por la huida de capitales y la desinversión empresarial en el núcleo industrial, proceso descrito por Jefferson Cowie en *Capital Moves* (1999). Volcker aceleró esta tendencia con su programa para combatir la inflación: un dólar alto devastó la

economía industrial exportadora, mientras los tipos de interés en alza propiciaron el giro hacia la especulación financiera. Antes de que Reagan asumiera la presidencia, tanto el Partido Demócrata como el Partido Republicano se habían unido a la ofensiva contra la caída de la rentabilidad, apostando por medidas desreguladoras y nombramientos conservadores en el National Labor Relations Board, documentado por Judith Stein en sus fundamentales estudios *Running Steel, Running America* (2000) y *Pivotal Decade* (2010). En 1983 el presidente de US Steel, David Roderick, podía informar que su empresa ya «no se dedicaba a producir acero, sino a obtener beneficios».

*The Next Shift: The Fall of Industry and the Rise of Health Care in Rust Belt America* no pretende contribuir directamente a este análisis económico-político y, de hecho, se basa extensamente en un rico rango de obras ya publicadas sobre la desindustrialización y el largo declive económico de la economía occidental, que incluye las de Nelson Lichtenstein, Robert Brenner, Kim Moody, Steve Fraser y Barbara Griffith, además de estudios etnográficos como *The End of the Line* (Kathryn Marie Dudley, 1994) sobre Kenosha y *The Origins of the Urban Crisis* (Thomas Sugrue, 1996) sobre Detroit. La concentración estricta de su atención en Pittsburgh resta atención a las tendencias macroeconómicas más generales. Winant explica con un detalle fascinante cómo la clase obrera de Pittsburgh se adaptó a la economía posterior al acero, pero no se concentra de igual modo sobre quién impulsó esa transición ni sobre cómo se produjo esta. *The Next Shift* también podría haber prestado más atención a las complejas relaciones de poder que minan la fuerza de los sindicatos, abordando no solo las relaciones existentes entre empresarios y fuerza de trabajo, sino también las vigentes entre dirigentes sindicales y militantes de base. Es probable que en el seno de los sindicatos los conflictos se hagan más frecuentes y decisivos, teniendo en cuenta el actual repunte del activismo sindical. Winant identifica correctamente una militancia en aumento en el sector sanitario, pero dado el enorme número de trabajadores y trabajadoras atomizados, externalizados y divididos en diferentes burocracias sindicales, algunas de ellas inofensivas y conciliadoras, no queda claro si podrán lograr aumentar colectivamente su poder de negociación como él espera. En una reciente negociación para mantener a raya las huelgas de los trabajadores de Kaiser Permanente, la dirección aceptó la exigencia del Alliance of Health Care Union de prescindir del sistema de salarios dúplice para las nuevas contrataciones, pero su oferta definitiva, aceptada por el sindicato, incluía aumentos salariales no ajustados a la inflación, la cual únicamente se sincronizará durante un periodo de cuatro años. Una tarea crítica para teóricos y organizadores sindicales será trazar un rumbo para el movimiento que sea capaz de bloquear estas concesiones. Aunque *The Next Shift* no llega tan lejos, ofrece un inteligente caso de estudio de la transformación de un sector clave de la clase obrera desde la década de 1950, lo cual constituye una condición previa vital para cartografiar su futuro.